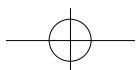
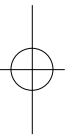
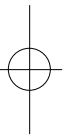
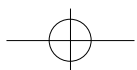
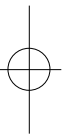
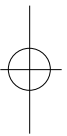
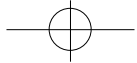


PONENCIAS





LUCES Y SOMBRAS EN LA BIOGRAFÍA DE MIGUEL HERNÁNDEZ

EUTIMIO MARTÍN

Universidad de Aix-en-Provence

Tarea preliminar de descombro

Como en una construcción arquitectónica, la elaboración de una biografía implica una labor previa de descombro. Agustín Sánchez Vidal habló ya en 1992, cuando se celebró el anterior congreso, de “*tres tristes tópicos*” que han distorsionado la obra de Hernández y siguen dificultando su recepción: el del “poeta-pastor”, el del “poeta-del-pueblo” y el del “poeta-del-sacrificio”. Añadía que era necesario “*establecer adecuadamente los límites y contextos*” de su condición de “*cabrero, rojo y mártir*”¹. A ello se aplicó concienzudamente el profesor Sánchez Vidal en su obra *Miguel Hernández, desamordazado y regresado*, publicada en ese mismo año 1992. El autor no considera esta obra una biografía. Sin embargo reconoce que ha trazado un recorrido por su evolución humana y literaria. No vemos que en qué otra cosa pueda consistir la biografía de un poeta.

José Luis Ferris ha publicado recientemente *Miguel Hernández. Pasiones, cárcel y muerte de un poeta*, que considera, y con razón, una biografía.

Ambos autores reconocen su deuda con Ramón Pérez Álvarez que les ha aportado nuevos enfoques, sugiriéndoles, por ejemplo, la inclusión de Miguel Hernández en la denominada Escuela de Vallecas junto con el escultor Alberto Sánchez y los pintores Benjamín Palencia y Maruja Mallo. Igualmente les ha ampliado la dimensión sentimental, no limitada ya exclusivamente a Josefina Manresa,

Yo también me he beneficiado de la ayuda testimonial y documental de este generoso amigo, como ustedes mismos tendrán ocasión de comprobar y apreciar con la lectura en particular de las dos cartas que vamos luego a leer y comentar y que proceden de su archivo.

Permítanme dedicar esta ponencia a la memoria de Ramón Pérez Álvarez, en testimonio de respeto y admiración por una honestidad intransigente. Yo creo que ningún hernandiano ha puesto tanto recto empeño en trazar una imagen de Miguel Hernández libre de todo triste tópico y leyenda hagiográfica.

La trayectoria vital

1.- Autobiografía

El primer triste tópico nos lo suministra el propio poeta con su leyenda de miserabilismo familiar y personal. Recordemos el pasaje de la carta que le escribe a Lorca en abril de 1933: *“en mi casa no quieren darme vestidos nuevos, y hasta a los pantalones viejos que tengo no los quieren poner remiendos, [tengo] padres pobres, con tantos hijos y tan poca casa que, para que los niños no vean los orígenes de su fabricación, el comienzo de sus hermanos, se salen al callejón a reanudarse las noches más empinadas”*. Este serial lacrimógeno es totalmente falso: ni tenía tantos hermanos (tres, como el propio Lorca), ni sus padres necesitaban salir a *“reanudarse”* a la calle (ya es difícil imaginarse en Orihuela un matrimonio respetable saliendo a la calle para tal menester) porque las muchachas tenían una habitación propia los chicos la suya y los padres su correspondiente alcoba. Cualquier turista puede comprobarlo visitando en Orihuela la Casa Museo del poeta.

Igualmente derrocha patetismo cuando en agosto de 1934 envía al diario *ABC* el poema *“CITACIÓN-fatal”* y escribe: *“si usted cree que merezco gratificación y me la envía no se la desdeñaré porque sencillamente soy todo lo pobre que se puede imaginar y un poquito más”*. Sabía muy bien –puesto que presenciaba el reparto de la “sopa boba” suministrada por los jesuitas del Colegio de Santo Domingo- que no era nada difícil encontrar familia más pobre que la de los Hernández.

Esa especie de prolongación de su firma, el calificativo de “pastor-poeta” o “poeta-pastor”, fue una especie de imagen de marca que se inventó. En su primer viaje a Madrid iba vestido de domingo y, obviamente, pasó desapercibido. Decidió disfrazarse de pastor y así consiguió granjearse la protección de Neruda y Aleixandre, entre otros y despertar el interés de los contertulios de la refinada tertulia intelectual y aristocrática del diplomático Morla Lynch. Hasta la guerra civil no va a deshacer el provechoso malentendido reconociendo que sí, que fue pastor pero de las cabras de su padre. Y éste gozaba de una situación que bien podía calificarse de acomodada. No dejaba incluso de ejercer una influencia caciquil².

Miguel Hernández sufrió ¿qué duda cabe? unas condiciones carcelarias inhumanas. Pero hay confidencias en sus cartas de dudosa veracidad. El 4 de abril de 1941 escribe desde Ocaña a su benefactor Carlos Rodríguez Spiteri: *“que no me pase lo que pasó en Palencia. Hube de salir enfermo y con una hemorragia muy grande”*. Yo he podido recoger el valioso testimonio de Melquiesdez Rodríguez Chaos, que acompañó a Miguel Hernández durante el viaje de Madrid a Palencia, que compartió la celda durante toda su estancia y que salió con él hasta el rastrillo cuando lo trasladaron de Palencia a Ocaña. Al referirle este suceso, nos ha manifestado: *“Éramos diez en la celda y un accidente así no podía pasar desapercibido. Dada la promiscuidad, alguien lo hubiera presenciado y lo hubiera referido a los demás. A Miguel le hubie -*

ra sido imposible ocultárnoslo. Yo, en todo caso, que lo acompañé hasta el rastrillo, puedo asegurar que no salió de la cárcel de Palencia visiblemente enfermo”.

Por otra parte, cuando al salir de Palencia trasladado a Ocaña se encuentra en la sección de transeúntes de la prisión madrileña de Yaserías con Antonio Buero Vallejo, éste último le encuentra extremadamente enfadado “porque en Palencia estaba muy bien: le subían leche todos los días y llegó a disponer de una celda individual”, según refirió al dramaturgo³.

A Melquesidez Rodríguez no le cabe en la cabeza que Miguel contase semejante cuento de hadas a Buero Vallejo, ni entiende “cómo Buero puede creerse lo de la celda y lo de la leche, conociendo como conocía las cárceles españolas de entonces”⁴.

Hernández conoció una época de relativo desahogo económico cuando José María de Cossío le contrató para integrar el equipo de colaboradores de su clásica enciclopedia taurina. Sin embargo se queja en carta a Juan Guerrero Ruiz (junio de 1935): “gano muy poco: 40 duros mensuales”. No ganaba 40 sino 50 duros mensuales. El propio Juan Guerrero no debía cobrar mucho más como secretario de la alcaldía de Alicante. En todo caso era el sueldo normal y corriente de cualquier empleado.

La correspondencia del protagonista de una biografía es la fuente de información fundamental. Ya hemos visto que, en el caso de Hernández, hay que servirse de ella extremando las precauciones. Su epistolario, sobre ser escaso, gira fundamentalmente en torno a sus apuros económicos y la mayor parte va dirigida a Josefina y presenta un interés muy limitado (a veces ni siquiera podemos aprovecharla para la cronología porque no la fecha).

Para remate de fiesta, la correspondencia más importante ha sufrido mermas considerables. Solamente conocemos cinco cartas a Carmen Conde y Antonio Oliver Belmás. Carmen Conde me dijo personalmente que se habían cruzado una nutrida correspondencia su marido y el poeta pero que no tenía ganas de buscarlas. Carlos Fenoll, dipsómano, quemó, en una crisis etílica –según testimonio de Ramón Pérez Álvarez– “docenas de cartas de Miguel y poemas que le había entregado en agosto del 36 para “Silbo” si volvía a salir”⁵.

Ramón Sijé fue, sin duda, uno de sus correspondientes más favorecidos. Una de las riadas, antes tan frecuentes en Orihuela, medio destruyó tan importante documentación. Vamos a leer dos cartas afectadas por la inundación. Una de ellas ha sido ya publicada por el hernandiano Aitor Larrabide⁶. Pero dado el estado lamentable de la pieza, en la que hay que reconstruir una parte considerable, la transcripción de Larrabide no coincide a veces con la mía propia:

Queridos y segundos padres y hermanos: No habéis sido capaces de darme noticias vuestras que siempre me agradaría recibir, sobre todo si las que me llegaran fueran que vuestra salud es mejor y menos vuestras preocupaciones económicas y sentimentales. Yo ando con muy buena salud y con la misma confianza de siempre en la vida y en la muerte.

Madre: ¿qué? Ese ánimo tuyo tiene que ser mayor. Aprende de mí, que no lo pierdo ni a tirones. Y de ti necesitan Marilola y Justino tanto como de mí Josefina, mi hijo y sus hermanos. Dentro de unos días hará un año más de la desaparición (desaparición aparente, fingida) de nuestro Pepito que sigue viviendo en todos los de aquí será ir a visitarle como me tengo prometido hace tiempo.

Y otra de las cosas que no dejaré de hacer será la edición de todas sus cosas. Más tarde o más temprano tal vez de lo que el tiempo pueda imaginarse se lograrán nuestros deseos y veremos cumplidas todas nuestras aspiraciones que siempre han sido y serán muchas. Tú, como mi otra madre, eres de las pocas criaturas que han renunciado a todo menos al sacrificio absoluto, total, por amor a tus hijos. Y ese es el gran valor humano que más quiero en ti y en mi otra madre y en mi mujer. Creo que no hay más grandes valores en esta puñetera vida. Ánimo, madre. A todos nos hace falta y todos nos sentimos o nos debemos sentir fortalecidos cuando vemos animadas a las personas que queremos bien.

Padre: dime de alguna manera algo de vuestra vida [ilegible] siempre es interesante para [ilegible]

Justino: no creo estés esperándome a la puerta de la comisaría todavía. Dime cómo se desenvuelve tu juventud, expuesta a muchos peligros y devaneos, a muchas frivolidades que luego pueden acarrear consecuencias graves. Mírate en mi espejo, y no quieras que te suceda nunca cosa parecida. ¿Escribes? ¿Tienes novia? Estás excesivamente amarrado al calor materno. Siempre te lo he dicho. Tu salud y tu reposo [ilegible] saborear [ilegible] desde el día que empieces a decidirte a vivir más independientemente del cariño paterno y fraterno, sin que quiera decirte que los menoscabas y los abandonas.

Marilola ¿cómo te va? Seguramente mejor que a toda la familia y eso es bueno. Muchos abrazos y recuerdos para todos y hasta pronto o hasta tarde.

*Miguel
Para entregar a
Miguel Hernández
Arriba 73*

Podemos fechar esta carta a mediados de diciembre de 1939 basándonos en dos pasajes: “dentro de unos días hará un año más de la desaparición [...] de nuestro Pepito” y “no creo que estés esperándome a la puerta de la comisaría todavía”. Pepito es Sijé, fallecido en la nochebuena de 1935 y Justino acompañaba a Miguel cuando fue detenido en las calles de Orihuela el 29 de septiembre de 1939 y en vano se quedó esperándole a la puerta de la comisaría.

Miguel Hernández llamaba “padre” y “madre” a los padres de Sijé. Y, por consiguiente, “hermanos” a los hijos Marilola y Justino. La madre y Justino acaparan prácticamente la atención de Miguel en esta carta. La señora de Gutiérrez estaba gravemente afectada de neurastenia

y aplastaba con un excesivo proteccionismo a su hijo Justino, depresivo crónico. Bajo su férula vivía también su apocado marido. Marilola era el único miembro normalmente desenvuelto de la familia. Ella fue la custodia de los papeles de Sijé, que siempre puso a disposición de los investigadores.

Lo que más llama la atención en esta carta es la indicación final: “*Para entregar a Miguel Hernández*”. A nuestro entender, hay que relacionar esta mención con el pasaje siguiente, dirigido a Justino: “*Dime cómo se desenvuelve tu juventud, expuesta a muchos peligros y devaneos, a muchas frivolidades que luego pueden acarrear consecuencias graves. Mírate en mi espejo y no quieras que te suceda nunca cosa parecida*”.

En esta una especie de “Autocrítica”, absolutamente insólita en la biografía de Miguel Hernández, que siempre reivindicó su trayectoria revolucionaria hasta el punto de renunciar por ello a una eventual excarcelación. Pero el destinatario no es Justino, incapaz de “devaneos” y “frivolidades” de ningún tipo, sino su padre don Miguel, con quien intenta congraciarse. El envío indirecto del mensaje le evita la humillación que supondría un acto de contricción en directo, máxime forzado. Es consciente Miguel de la inestabilidad familiar y social que ha acarreado a los suyos. No debía ser fácil aplacar a don Miguel cuando surgía el tema del hijo, “poeta de la revolución”, y siempre quedaban los miembros de la familia de un rojo fragilizados y a merced de la hostilidad del poderoso franquismo local. Miguel procura, pues, disminuir la tensión que supondría una reivindicación, expresa o tácita, de su historial marcadamente comunista.

Su intento de aplacar al patriarca resultará fallido. Don Miguel no le visitará nunca en ninguna cárcel, ni le escribirá una línea. Ni siquiera asistirá a su entierro.

La carta siguiente, dirigida a los mismos destinatarios, es inédita [nota del coordinador: esta carta ha sido publicada posteriormente por Aitor L. Larrabide, gracias a la generosidad del profesor Martín, en el número extraordinario de la revista digital *El Eco Hernandiano*, www.elecohernandiano.com/numeroespecial/principalespecial.htm, y en la revista malgratense *Ateneu*, con el título “Tres cartas desconocidas de Miguel Hernández”, nº29, hivern-primavera 2004, p.15].

Madrid, 27 de Febrero 1939

Mis queridos padres: Hace unos días estuve en Cox pero no pude saber si Justino está en Orihuela o en Murcia y bien colocado. Creo que no habrá resultado lo contrario, y que habrá ganado en salud y en alegría de vivir. Tú, madre, tienes que resignarte a tenerle un poco alejado de tu falda pues eso conviene y beneficia a Justino aunque te parezca otra cosa. ¿Cómo vas de salud, tú? Me figuro que como siempre, unos días mejor que otros, y otros peor que aquellos. Ánimo y a defenderse de las cosas malas con energía y entereza.

Padre, te pido que si [no tardas] en ir por allí procures que Josefina no pase apuros económicos. Por ahora anda bien en este aspecto pero es posible que algún día necesite de vuestra ayuda.

Dad muchos abrazos a Mari-Lola; para ella y para vosotros; es la vida. A Justino cuando vaya por ahí, o cuando le escribáis, le mandáis muchos abrazos míos.

Estoy en Madrid creo que por unos días más, y después volverá a Valencia.

Recibid grandes abrazos y el cariño de vuestro hijo

Miguel

La fecha, 27 de febrero de 1939, va a determinar el contenido específico de esta carta.

Las recomendaciones son las mismas que en la carta anterior en lo que concierne a la familia de Sijé pero el propósito de esta misiva es, ante todo, pedir protección para Josefina porque “es posible que algún día necesite de vuestra ayuda”. Si solicita ayuda para su esposa es porque piensa que “algún día” él mismo no estará en condiciones de hacerlo. O, lo que es lo mismo, no estará a su lado. ¿Y por qué? Volvamos a la fecha: tras la ocupación de Cataluña en la segunda semana de febrero, la guerra civil puede darse por concluida a favor del general Franco. Tanto es así que en este día 27, precisamente, Francia e Inglaterra reconocen oficialmente al gobierno nacionalista. Quizá haya sido este hecho lo que ha determinado esta carta. O bien la promulgación, el 13 de febrero, de la Ley de Responsabilidades Políticas que concierne, y muy cerca, a Miguel Hernández. O los dos hechos a la vez. De todos modos, Miguel no tiene más que dos alternativas: o bien se queda en España a merced de la represión de los vencedores o se exilia. Tanto en un caso como en otro le faltará a Josefina su personal asistencia y ha de pensar en quién podrá ocuparse de ella. De su familia en general, y de su padre en particular, poco espera, o no lo suficiente, y por ello se dirige a sus “segundos padres y hermanos” que ahora denomina, significativamente, “mis queridos padres”.

2.- Testimonios

Veamos lo que ocurre cuando, tras el examen de los testimonios autobiográficos, pasamos a la recopilación de testimonios ajenos.

Comenzamos por la descripción física. ¿Cómo era Miguel Hernández? La identidad de cualquier persona se condensa e intensifica en los ojos, hasta el punto de que se le oculta a alguien la mirada para garantizarle el anonimato.

¿ De qué color tenía los ojos Miguel Hernández?:

- “Azules”, dirá Alexandre.

- “Verdes claros”, Josefina.
- “Oscuros”, Octavio Paz.
- “Pardos”, la hoja del servicio militar y la ficha carcelaria.

El biógrafo tiene, pues, para elegir una especie de arco iris que va del color oscuro al verde claro, pasando por el azul. Los ojos pueden variar de color pero en simple matiz, no en tal grado. El sentido común aconseja al biógrafo atenerse al testimonio de profesionales (servicio militar, ficha carcelaria) encargados precisamente de definir el color de los ojos. Oscuros, pues, en mayor o menor grado, esto es: marrones o pardos. Pero ni verdes ni azules.

El cotejo, científicamente recomendado, de dos testimonios puede revelarse contraproducente. Ejemplo: Ramón Pérez Álvarez testimonia sobre la muerte de Miguel Hernández:

Muerto Miguel, le amortajé [...] le saqué ante la población reclusa formada en el patio general, dejando una calle en el centro [...] hasta el recinto exterior. La banda de música de los reclusos [...] interpretó la “Marcha fúnebre” de Chopin. Eran alrededor de las cinco de la tarde⁷.

Otro testigo, Bernardo López García, se indigna contra lo que califica de “premeditada falsedad” y afirma: “Yo vi salir el ataúd en el que iba Miguel Hernández sobre la hora del mediodía cuando todos los reclusos estábamos encerrados en nuestras celdas y dormitorios respectivos, asomado en los ventanales [y decir que] lo sacaron muerto de la cárcel con todos los presos formados en el patio y con una banda de música interpretando la marcha fúnebre de Chopin, es la burla más grosera y canallesca que se pueda concebir”⁸.

Yo le pregunté personalmente a Bernardo López García si podía indicarme otra persona que avalara su información en contra del testimonio de Pérez Álvarez. Me dijo que no. A Pérez Álvarez, por el contrario, le apoyan Abad Miró, que en las actas del anterior congreso confirma “la marcha fúnebre para acompañar al cadáver hasta su salida del recinto”, y Antonio Ramón Cuenca, también testigo presencial, que refirió al periodista José María Moreiro: “le dieron varias vueltas por el patio acompañado por la banda de música”.

Es importante subrayar esta circunstancia porque pone de relieve la celebridad del preso Miguel Hernández. Sabíamos que recibió visitas de los jefes de la Falange José María Alfaro y Rafael Sánchez Mazas –además de la “atención” con que le distinguía el eclesiástico Luis Almarcha-, pero ignorábamos que incluso Jacinto Benavente se había interesado por él. El 5-VI-1993, el comisario de propaganda de brigada Antonio Armell Lon me refirió en su domicilio barcelonés:

- *Creo que no se ha dicho en ninguna parte que estando ya en la enfermería, en enero o febrero del 42, fue a interesarse por él Jacinto Benavente.*
- *¿Alguien se lo dijo o fue usted testigo presencial?*

- Yo daba clases en la escuela de la cárcel, frente por frente de la enfermería y lo vi. Duraría la visita una hora, más o menos. Además, el director de la cárcel, Manuel Guerrero Blanco me lo dijo personalmente: “Ha venido Benavente a interesarse por Miguel Hernández”. Yo no llegué a hablar con Benavente pero le vi”.

La trayectoria literaria

Un hijo de cabrero, que ni siquiera ha podido terminar primero de bachillerato, se convierte en un clásico de la literatura española del siglo XX. ¿Cómo? Contestar a esta pregunta es objetivo ineludible de todo biógrafo de Miguel Hernández que ha de completar la trayectoria vital con la trayectoria literaria. Lo más difícil en esta tarea es determinar los hitos del itinerario de su literatura. Agustín Sánchez Vidal llamó la atención, también en marzo de 1992 sobre “*dos periodos particularmente delicados*”. Son el de 1924-1933, desde sus inicios hasta *Perito en lunas*, y el de su “*evolución ideológica en 1934-35*”.

Del ciclo de *Perito en lunas* escribe Sánchez Vidal que “*es una poesía tan difícil de entender que pocos son los especialistas que se han atrevido con ella, siendo –de hecho– uno de los huecos más clamorosos que ostenta el hernandismo*”⁹.

Y aún sería más difícil, por no decir imposible, de entender si Cano Ballesta no nos hubiera aportado el restablecimiento de los títulos de los poemas. Pero el ciclo gongorino de la poesía hernandiana no se limita a *Perito en lunas*, y pendientes de entendimiento quedan toda una serie de composiciones con las que el poeta, en un arrebatado de amor propio, pretendió eclipsar en “*savoir faire*” a sus mayores del 27. Examinemos de cerca este corto ejemplo:

ABRIL-gongorino

[fragmento]

Con pasto de algodón, niño, de mano,
a fuerza de paciencia y de meneo,
ya apacienta en los cielos su correo,
una vez liberal, otra tirano.

Restablezcamos el orden lógico, alterado por un desenfrenado hipérbaton: [un] niño, una vez liberal, otra tirano, ya apacienta en los cielos su correo con pasto de algodón, a fuerza de paciencia y de meneo de mano.

Adivina adivinanza: ¿qué correo apacienta en los cielos pasto de algodón? Respuesta nada evidente: la cometa entre las nubes. El niño que la maneja ha de mostrarse unas veces liberal (dejándolo libre), otras tirano (sujetándola).



Cabría preguntarse si los poemas del ciclo gongorino no habría que decidirse a publicarlos ilustrándolos con dibujos, como ya hizo su autor cuando tuvo que explicarlos en público. Aquí hemos propuesto el que concierne al que acabamos de comentar.

Evolución ideológica: la etapa revolucionaria

La carta a Juan Guerrero Ruiz de junio o julio de 1935 señala el fin de la etapa “neocatólica” -como la denominaba Neruda- de nuestro poeta: “*Estoy harto* –le decía al “Cónsul general de la poesía”- y *arrepentido de haber hecho cosas al servicio de Dios y de la tontería católica*”. En el panorama político español de la época, si alguien estaba “*al servicio de Dios y de la tontería católica*” era Gil Robles, el dirigente de la CEDA.

En la edición de Espasa Calpe de la obra completa de Miguel Hernández nos encontramos con el siguiente poeta, hasta entonces inédito:

MANDADO QUE MANDO A DON GIL DE LAS CALZAS DE CEDA, a ese que lleva robles a espaldas del Gil y a las del corazón caca.

Al Gil, gili, gilipo, gilipolla,
campana sin metal y sin badajo,
mando un millón de veces al carajo,
pues tanto episcopal apoya.
Su estupidez de carne de cebolla,
su ensotanada hiel, su alma de ajo
y su cara de culo y de gargajo
han de ser más quemados que fue Troya.
Vete, mariconazo: se te ha visto
bajo los pantalones el roquete
y bajo la mirada el ano hambriento.
Algún día estarás, me cago en Cristo,
dentro del purgatorio de un retrete
enunciando la mierda con tu aliento.

¿De cuándo fecha? ¿De la guerra civil? Eso parece deducirse de tan violenta agresividad barriobajera, sin otra selección de vocabulario que el contenido insultante de mayor intensidad. Pero durante la guerra civil Gil Robles ha tenido que hacer mutis por el foro tras entregar a Franco los millones de pesetas que le sobraron de su tan atosigante como fracasada campaña electoral. Y con él ha desaparecido la CEDA. Sus miembros se han puesto la camisa azul para conseguir por la fuerza lo que no han logrado con el voto en las elecciones de febrero del 36. Es lo que hará el cuñadísimo Serrano Súñer, por ejemplo.

En la copia mecanografiada donde figura este soneto, Agustín Sánchez Vidal ha leído la siguiente recomendación: “Haz varias copias y reparte entre los benditos hijos de Acción Popular. Indulgencia plenaria al que lo haga, que además contará con la benevolencia de su santidad Pio Pi”. El hecho de hacer copias y repartirlas nos hace pensar en una octavilla de campaña electoral. Los comicios de febrero de 1936 se desarrollaron en medio de una violencia extrema y Gil Robles utilizó una abrumadora propaganda al estilo nazi de culto a su personalidad. Ello le convertía en forzada diana de toda la violencia electoral izquierdista. Si nuestra hipótesis es acertada, este soneto habría que fecharlo entre el 7 de enero y el 16 de febrero de 1936, cuando está imprimiéndose o acaba de imprimirse *El rayo que no cesa*, cuyo colofón indica el 24 de enero de 1936.

Así como la carta a Juan Guerrero Ruiz nos permite fechar el poema-límite “*Sonreídme*”, ya que su contenido corresponde al de la carta, este soneto nos induciría a fechar el otro poema gemelo, “*Alba de hachas*”, en febrero de 1936 como dictado por la victoria del Frente Popular que va a reanudar la línea revolucionaria interrumpida por el bienio negro: “*Amanecen las hachas en bandadas*”.

Miguel Hernández no se alista en las filas del 5º Regimiento hasta el 23 de septiembre. Ello no quiere decir que no haya elegido ya antes su bando. El 28 de julio del 36 escribe a Josefina: “*Si ganan los tíos cochinos, esos, no tendría ninguna esperanza de que estrenen mi obra*”. Es perfectamente consciente de que lo que está en juego con la insurrección militar es el ejercicio mismo de su condición de escritor.

Este soneto nos permite retrotraer el militantismo político revolucionario de Miguel Hernández a la campaña electoral de las elecciones del Frente Popular.

La biografía como autobiografía del biógrafo

Tras la recolección de datos, autobiográficos o testimoniales, el biógrafo tiene que enfrentarse con la afirmación de Umberto Eco: “*los datos no significan nada si no se construye una hipótesis*”¹⁰. En la construcción de esta inexcusable hipótesis juega un papel de primer orden el hecho de que una biografía es también biografía de quien la escribe. Basta con iniciar una bio-

grafía hernandiana para ser atrapado por la personalidad del autor. Veamos como refieren el nacimiento:

- Con erudición notarial: “*Miguel Hernández nació en Orihuela el 30 de octubre de 1910, como así consta en el folio 188, del libro 60, del Registro civil, Sección I de Orihuela*” (Vicente Ramos)

- Con sobria precisión: “*Miguel Hernández nace a las seis de la mañana del 30 de octubre de 1910 en la localidad alicantina de Orihuela*” (Agustín Sánchez Vidal)

- Con la imaginación creadora: “*A las seis de la mañana, en plena amanecida, ante la mirada imperturbable del patriarca, don Miguel, y la agotada emoción de Concheta, viene al mundo el tercer hijo de la saga, un varón de aspecto sano que rompe con su llanto diminuto la paz detenida de Oleza, el silencio secular del aire que la envuelve*” (José Luis Ferris)

Un novelista como Ferris, cuando ejerce de biógrafo, se resiste con dificultad a subirse al escenario de su biografía para recrear ambiente incurriendo a veces, por exceso de precisión, en el dato equívoco: “*El poeta ha podido abrazar a Josefina después de una ausencia dilatada, al menos le ha estrechado la mano y ha podido sentir de nuevo ese tacto húmedo y caliente*” (p.190). Más de un lector habrá tenido que releer este párrafo al dudar, ante ese “húmedo y caliente”, si es en la mano de Josefina donde Miguel ha puesto la suya.

Lo realmente grave es cuando el biógrafo se considera obligado a arrimar el ascua de la investigación a su sardina ideológica. En este sentido, dos son los escollos donde puede naufragar un relato biográfico: la hagiografía izquierdista y la tergiversación derechista. El comunista Elvio Romero describe así los últimos momentos de Miguel Hernández: “*La voz puede flaquearle, el fervor, no [...] se arrastró en medio de la oscuridad y el silencio, resarcido de la flaqueza física -¡oh poder de los enterados de las cosas hondas!- levantó la mano demacrada y dibujó en los muros su tremenda y desgarradora despedida:*

¡Adiós, hermanos, camaradas, amigos:

despedidme del sol y de los trigos!

¡Oh, qué modo profundo de fecundar la muerte! Aherrojado por su absoluta miseria ¡cómo podía aún poner amor en el epílogo de su hermosa existencia! [...] ¡Heroico Miguel!”.

Por increíble que parezca esta absurda escena de un moribundo escribiendo versos en la pared de la enfermería de una prisión, todavía hay quien la reproduce. Los dos versos de marras han servido de cómodo broche final a infinidad de artículos.

En el campo opuesto, el franquista Juan Guerrero Zamora ha falsificado, impertérrito, en todos sus escritos la trayectoria vital y política de Miguel Hernández hasta el punto de considerarle sistemáticamente un “pardillo”, engañado por los comunistas. Hasta el final mantuvo la

aberrante y abyecta tesis: Miguel Hernández no fue franquista porque no supo lo que era Franco realmente.

Pongamos el reloj en hora. ¿Qué escritor no miente hablando de sí mismo? Pensemos en Margueritte Yourcenar inculcando a sus biógrafos no una imagen tal como ella se ve, sino como quiere que los demás la vean. Louis Aragon se empeñó en ofrecer, en sus últimos días, una lamentable imagen de grotesca pedantería.

Respecto a nuestro poeta, lo realmente importante es no perder nunca de vista que dignificó el oficio de escritor hasta límites heroicos, asumiendo con el pago de su propia vida el compromiso contraído con el pueblo español.

NOTAS

¹ A.S.V., “*Tres Tristes tópicos*”, *ABC* (28-III-1992).

² Cf. Declaraciones del hijo de Vicente Hernández al autor en “Miguel Hernández, el mito de la pobreza familiar” (*El Maquinista de la Generación*, nº5-6, diciembre 2002)

³ Entrevista con Antonio Buero Vallejo (28-XI-1989), en su domicilio madrileño, en compañía de Arturo del Hoyo.

⁴ Carta de M.R.Ch., fechada el 2-XI-1993.

⁵ Cf. *La Lucerna*, nº41 (diciembre 1995).

⁶ Cf. *Letras de Deusto*, nº86 (enero-marzo 2000).

⁷ *Diario Información*, de Alicante (8-V-1992).

⁸ *Ibid.* (25-IV-1992).

⁹ A.S.V., “*Hitos para un itinerario*”, *Diario 16* (21-III-1992).

¹⁰ *Quimera*, nº38.